



RECUERDO SENTIMENTAL

MI AMIGO HEMINGWAY Y LOS VASCOS

POR ANTXON OBESO

No. Yo no conocí personalmente a Ernesto Hemingway, ni tan siquiera le vi aparte de en fotografías o revistas, pero eso no es obstáculo para considerarlo amigo mío. Tampoco he conocido personalmente a Saroyán, ni a Unamuno, ni a Marañón, ni a Greene, ni a Tchaikovski, ni a otros, pero todos ellos son amigos míos.

A Hemingway lo conocí hace doce años, en un período de tiempo en que me hallaba ausente varios meses de Rentería, en Alemania. Un día se me presentó un amigo con la edición alemana de *Por quién doblan las campanas* y me dijo:

—En este libro hay un montón de palabras en castellano que quisiera me las tradujeras.

Ante mi extrañeza, mi amigo alemán aclaró:

—Verás, es una novela cuya acción transcurre en España. Y mira esto—me dijo, abriendo el libro, enseñándome palabras en letra cursiva—, todas estas palabras están en castellano.

Las leí y exploté en una carcajada. Mi amigo me miró extrañado.

—Son tacos—le dije—. Bueno, en castellano a estas palabras se les llaman tacos.

—¿Tacos?—exclamó, serio, pidiéndome una explicación.

—Sí, tacos, bueno..., quiero decir son...

Fue un poco difícil el explicar a mi amigo alemán sobre los tacos. Recientemente cayó en mis manos un folleto editado por la junta interministerial para la conmemoración del veinticinco aniversario de la paz española

y con motivo de la exposición «España 1964 - veinticinco años de paz», folleto titulado *España para usted*, y dirigido principalmente a los turistas. Este folleto, escrito con humor, trata de explicar a los turistas sobre España, los españoles y sus costumbres, y tiene un párrafo que dice así:

TACOS

Con frecuencia oirá usted, en la conversación entre hombres solos, sonoras palabras, dichas con énfasis, de dudosa significación. No hay inconveniente en que usted las aprenda si pretende perfeccionar el estudio de nuestro «folklore», pero no se arriesgue a emplearlas delante de señoras. Podría pasar por un tipo grosero. Las mujeres españolas, aunque conocen la existencia de tales expresiones, tienen el buen gusto de no emplearlas jamás. Y los varones españoles juegan hipócrita omisión verbal a este respecto cuando hablan con ellas.

El idioma español es riquísimo en este vocabulario especializado, reunido bajo el epígrafe de «tacos». La mayoría de ellos tienen secular tradición literaria, pero los moralistas siguen considerándolos «palabras feas».

Si yo hubiera tenido este folleto entonces, no me hubiera sido tan difícil explicar a mi amigo alemán sobre el particular.

Y esto fue lo primero que leí de Hemingway: tacos en castellano, unos hermosos, viriles y vehementes tacos en boca de soldados y guerrilleros españoles, en una edición alemana de una de sus más extraordinarias novelas. Y desde entonces me hice amigo suyo.

Yo estaba lejos de mi tierra y Hemingway me acercó. En *Por quién doblan las campanas* me habló de España y de los españoles, y en *Fiesta* me habló de Navarra, de Pamplona, de los toros, de los Sanfermines, de San Sebastián y de los vascos. Así, en *Fiesta* dice de los vascos:

Un vasco, con una gran bota de vino en su regazo, se había acostado a través de la parte superior del omnibús, frente a nuestro asiento, apoyando la espalda en nuestras piernas. Ofreció la bota a Bill y a mí, y cuando yo la incliné para beber, imitó el sonido de un claxon tan hábilmente que derramé un poco de vino y todos se rieron. Se excusó y me hizo tomar otro trago.

Más adelante continúa Hemingway:

Todos (los vascos) querían que bebiéramos de sus botas.

Nos retrata admirablemente en el plano de nuestra hospitalidad, nuestro ofrecimiento de la bota de vino y nuestro humor, en este caso al asustarle imitando el sonido de un claxon.

Así es como más adelante pone en boca de Bill, uno de sus personajes, estas palabras:

Estos vascos son buena gente.

Y continúa en la novela:

Dos de los vascos entraron e insistieron en invitar. Bebimos con ellos, volvimos nosotros a invitar, nos dieron una palmada en la espalda e invitaron nuevamente.

Y a mí se me hacía la boca agua leyendo esto en un país donde se cena bebiendo té, a veces cerveza, pero donde el vino sólo se ve en los escaparates, apuntados con precios astronómicos, por lo menos entonces.

Más adelante leí:

A la mañana siguiente les di a todos en el hotel una buena propina para congraciarme con ellos, y en el tren de la mañana siguiente salí para San Sebastián.

Y leyendo esto lejos de mi tierra me sentía verdaderamente emocionado.

Y continuaba:

En Irún tuvimos que cambiar de tren y presentar los pasaportes.

Y relata su viaje desde Irún a San Sebastián en estas pocas pero para nosotros, que conocemos el trayecto, jugosas palabras:

Compré un billete, pasé por un portón, subí al tren, y después de cuarenta minutos y ocho túneles, estuve en San Sebastián.

Refiriéndose a San Sebastián dice:

Hasta en un día caluroso, San Sebastián tiene cierta calidad de mañana tempranera. Los árboles parece como si no tuvieran nunca sus hojas completamente secas. Las calles parece que acaban de ser regadas. Siempre está fresco y sombrío en ciertas calles en los días más calurosos.

No podía faltar una alusión a la playa:

La playa, suave y firme, y la arena, amarilla.

En la saliente, donde los promontorios de la Concha se encuentran para formar el puerto, se veía una línea blanca y espumosa formada por el rompeolas, y tras ella el mar abierto.

Después de leer *Por quién doblan las campanas* y *Fiesta*, Hemingway nunca se apartó de mí. Se había convertido en uno de mis mejores amigos, y lo tuve conmigo con *Adiós a las armas*, *Las nieves del Kilimanjaro*, y sus estupendos relatos cortos. Y después con *El viejo y el mar*, esta joya literaria traducida más tarde al vasco.

Y después le fue concedido el premio Nobel.

No quiero terminar este recuerdo sentimental sin mencionar su encuentro con otro grande de las letras, otro amigo mío, Pío Baroja, a quien Hemingway quería y admiraba. Cuando en su última visita a España vio a nuestro gran escritor vasco, éste se hallaba bastante enfermo. Hemingway le regaló una botella de whisky y un par de calcetines de lana, y le dijo:

«Usted, Baroja, debía tener el premio Nobel antes que yo. Yo no soy más que un aventurero y usted es un escritor.»

Cuando los periódicos anunciaron que un disparo, en Sun Valley, había destrozado la hermosa y barbuda cabeza de Ernesto Hemingway... sentí la pérdida de un gran amigo. De un estupendo amigo que cuando yo me hallaba lejos de mi tierra me habló de España, de los españoles, de nuestros tacos, de los vascos, y del tren que desde Irún, después de cuarenta minutos, ocho túneles, y pasando por Rentería, le llevó a San Sebastián.

Pero Ernesto no ha muerto. Lo he sabido después, cuando apareció *París era una fiesta* y acompañado de él viví sus años de juventud en aquel París maravilloso de su primera época, cuando fue pobre y feliz.